

RAFAEL MARÍN

La
LEYENDA
del
NAVEGANTE



La guerra civil está a punto de arrasar las tierras que bordean el Mar de las Espadas y deshacer la alianza que durante siglos ha mantenido la paz y dado la prosperidad a los reinos mercantiles que bordean el océano.

Sólo una figura surgida de la leyenda podrá poner fin al caos y restablecer el equilibrio entre los poderosos. Salther Ladane, el hombre que renunció a un reino para convertirse en marino y corsario, y su barco, *El Navegante*, la nave más poderosa que ha surcado los mares, han forjado su leyenda conquistando los secretos de la Torre de Lindisfarne y regresando del continente perdido de Eressea.

Pero ahora deberán volver a Génave y enfrentarse a un destino que decidirá el futuro de su mundo.

La leyenda del Navegante, de Rafael Marín Trechera, está compuesta por tres libros cuyos títulos son: *Crisei*, *Arce* y *Génave*.

*para Isa
y Juanito Mateos; varios años después
y algunos cambios.*

Libro primero: Crisei

*My purpose holds
To sail beyond the sunset, and the baths
Of all the western stars, until I die.*

Lord Tennyson. *Ulysses*.

Llevé flores a la tumba del capitán perdido.
Alguien dijo que el mar son los fantasmas.
El clarinete del agua merodea Cayo Largo.
Allí donde yo habito, atiando su advertencia.

Juan José Téllez. *Cayo Largo*.

Navegar es necesario. Vivir no.

Pompeyo

Nunca he sido diestra en el arte de dibujar sonidos, pero la historia que quiero contaros ha de ser fijada con algo más que meras palabras narradas en torno al fuego. No vengo a hablaros de mí, como tal vez la manera en que emprendo el relato pudiera haceros pensar, ni soy tampoco yo misma el centro de este cuento. Traigo la intención de referir mis experiencias al lado de Salther, del que tantas tonterías se han dicho últimamente y de quien todos vosotros habéis oído hablar (si es que en verdad no pertenecéis a esa irritante caterva de creadores de historias apócrifas en su nombre), y por ello deseo escribir la suma de los hechos tal como realmente sucedieron, sin caer en el defecto de la desmitificación pero poniendo una brizna de orden en todo aquello que en tan corto espacio de tiempo han ido desfigurando las leyendas, los poemas épicos y las canciones de corro. Ya lo estoy viendo: alguno de entre vosotros se preguntará sin duda quién es ésta que viene a decirnos lo que es cierto y lo que es falso. Bien, sabed entonces que yo no soy otra sino Taileisin, la Frente Radiante, y que la información que he de confiaros brota directa y de primera mano, pues estuve presente en la mayoría de los sucesos que a continuación consignaré, y he procurado documentarme a fondo sobre aquellos otros varios en los que no tomé parte, de manera que exageraría bien poco si afirmase que nadie tiene hoy más derecho a hablar ni escribir acerca de él con más propiedad que yo, la que esto firma y habéis dado en conocer por Ysemèden Elsinore, la mujer que durante cuatro años fue su dueña y su servidora y creció hasta hacerse canción gloriosa bajo su amparo, pero líbrenme Re y Nae de caer en semejante exceso.

Abajo, en el jardín, mi hijo Sergio juega con este cómitre de cháchara y alcantarilla que es Esnar Lodbrod. Oigo desde aquí la vocecita del viejo barbián explicando al chiquillo la forma en que su padre deshizo el legado de Manul Rinn Ghall y fue a continuación seducido por la sed de lujuria insaciable de la Virgen de los Cabos, y que nació primero príncipe y quiso después convertirse en salteador de caminos, y que murió dos veces en tiempos distintos —como el mismo Lodbrod, yo y todos cuantos navegamos en la expedición a Eressea habremos de *doblemorir* cuando lo requiera el dios de Isa—, y que encabezó sin apenas dudarlo una guerra civil y trató de evitar hasta el precio más alto un enfrentamiento de proporciones aún más sangrientas entre tres reinos. Aderezadas con unas gotas de fantasía necesarias para hacerla comprensible al niño y su innato sentido de la media verdad, lo que el segundo de a bordo de *El Navegante* relata es, en síntesis, la misma narración a la que doy comienzo en este instante: la leyenda que canta el camino de Salther, quien prefirió dejar de ser una página en los libros de la Historia para convertirse en balada en los labios de los hombres.

1

No tuve consciencia de que Salther existía hasta que lo empecé a diez centímetros de la punta de mi espada. Contado de semejante forma puede parecer violento, y quizás realmente lo fue, aunque no desde luego en la parte que a él respecta. Mi ira de entonces iba dirigida hacia otro cierto individuo, si bien admito que su arrebató por irrumpir en escena y cruzarse ante mi rumbo contribuyó a cubrir de tintes novelescos una anécdota que en circunstancias más normales carecería de la menor importancia, puesto que habría sido conocernos temprano o tarde nuestro destino lógico y común, sobre todo en un lugar como Crisei, donde cada vecino establece relaciones comerciales con los demás y toparse con uno solo que no sepa características y condición de cualquier otro resulta tan improbable como llegar a encontrar a un verdugo orgulloso de su trabajo. Pero no es tiempo éste de andar con digresiones. Vayamos a la historia.

El día que conocí a Salther vino transido de sol y de frío; éste es el primer recuerdo que conservo, tan preciso que todavía siento como si las mejillas me palidiesen y un aliento helado me erizara el pecho. Sucedió en una de esas mañanas tan propias a la primavera o el otoño que parecen complacer a todo el mundo, aunque yo estaba mucho de sentirme satisfecha. En realidad, me encontraba de un humor de cien diablos, y no me desasistía para ello mi buena parte de razón. Estando mi hermano Lans en singladura hacia Allendelagua, y como el tarambana de Tenhar necesitaba descanso después de su última correría, a mi padre (que

es el más testarudo de los cuatro miembros que componemos la familia Elsinore) no se le ocurrió mejor idea que enviarme a cumplir un encargo por el cual yo no sentía ningún apego. Le costó su buena media docena de amenazas vencerme, naturalmente, pero al final no me quedó más remedio que inclinar la cabeza y obedecer, porque negocios son negocios y a ellos nos debemos. El problema en cuestión radicaba en que dos de nuestras goletas, a la capa desde el invierno recién terminado, aguardaban el momento de iniciar la temporada y zarpar en busca de nuevas rutas de navegación y sus consiguientes acuerdos de comercio. Apenas requerían ya para hacerse a la mar otros aprestes que la aguada y la estiba de provisiones, pero éstos se retrasaban sin motivo aparente y por lo pronto la primera consecuencia de tal demora había sido la pérdida de un ábrego favorable. A menos que alguien acudiera a ajustar las cuentas al responsable, tendríamos la noche encima sin que las naos soltaran amarras, de modo que ante tan negras suposiciones fui yo la encargada de colocar las cosas en su justo puesto.

Dama Gelde no había alcanzado todavía su cenit cuando llegué a la Punta de Barlovento. Allá, en la cala, la actividad mercante se desarrollaba con la misma alegre monotonía de siempre, así que las idas y venidas de calafates y estibadores no llamaron demasiado mi atención. Sin embargo, mientras mis ojos buscaban a lo largo del muelle, reparé en una especie de letanía que crecía en intensidad e incluso parecía destacar por encima del bramido de los toneles que rodaban sobre el suelo de piedra y el arrullo de las olas bajo las quillas. Era un sonido deslavazado e inconexo, a media driza entre el exulto y la congoja. No pude por menos que alzar la mirada hacia el foco emisor y entonces descubrí la razón de toda aquella algarabía: dos hombres, sentados en la borda de uno de los navíos fondeados, entonaban a voz en grito una melopea tan desafinada que haría parecer sublime a la más burda de las salomas. Identifi-

qué a Esnar Lodbrod como uno de ellos (su nariz resulta a ciencia cierta inconfundible), y en seguida advertí que el buque atracado era nada menos que *El Navegante*. No conocía al otro hombre, el que jugueteaba con un puñado de nueces y cantaba más alto aunque no con mayor armonía, pero tampoco me dediqué a prestarle mucha atención, porque a una media docena de metros retirado del casco del buque se encontraba el objeto de mi presencia en aquel sitio.

Creo en este punto necesario prescribir que el hombre a quien yo buscaba y acababa de localizar, Ennio Tâbbala, jamás me había agradado lo más mínimo. Entre otras muchas habladurías a él referidas, por la isla circulaba el rumor de que navegaba en corso y no terminaba de hacerle ascos al comercio de esclavos. Ciertamente es que Crisei suele estar plagada de chismes de muy diverso tipo, en su mayoría maledicencias fruto del deseo de distraer los ratos de ocio, pero respecto a aquel individuo yo estaba dispuesta a creerlo todo. De momento, ya era la segunda vez que incumplía un contrato de embarque con nosotros, y en lugar de apresurarse a cargar los navíos y culminar con ello su parte del acuerdo estaba allí, a unos pocos pasos de *El Navegante* y los dos cantores de mi infortunio, jugando a las cartas con un par de amigos. Justo detrás se alzaba un apilamiento de fardos y toneles, sin duda los mismos que habíamos comprado para los barcos de mi padre; uno de entre aquellos propios barriles les servía de mesa improvisada y sobre él depositaban sus apuestas y sus naipes. Respiré hondo y me acerqué, traduciendo mi cólera en grandes zancadas de impaciencia.

—Creo que tienes cosas más interesantes que atender en vez de estar aquí jugando tan tranquilo a las cartas con tus amigotes, Tâbbala —le espeté, brazos en jarras y pies sobre el suelo bien firmes. Él giró la cabeza para mirarme al tiempo que arrojaba un nuevo as sobre el tablero. Atiné a

verlo: *La niña que muerde la cola al dragón de los hielos*, buena mano.

Hubo un incómodo segundo de silencio en el que tres pares de ojos se posaron sobre mí. Entonces Ennio Tâbbala dejó de observarme con aquella mirada de cera, dobló la cantidad de su envite y robó una nueva carta del mazo. Tuve que contenerme para no desbaratarles la partida de un puntapié.

—Sabes muy bien de lo que te estoy hablando, así que escucha mis palabras y cesa de desplumar a ese par de infelices por un momento —me atreví a amenazarle—. Dos de los barcos de mi padre esperan desde ayer por la noche a que te decidas de una vez por todas a enviar una cuadrilla de tus gandules para que terminen de aprestarlos. Por tu culpa andan varados cuando podían estar ya a media jornada de Antigua, y a estas horas han perdido el poco viento que hoy soplabá.

—Guarda la boquita quieta, niña —me respondió despectivo el traficante; el triángulo azul que tatuaba su frente se distendió primero para después arrugarse—. Otros vientos soplarán. Presenta a tu padre mis excusas y dile que esta misma tarde ordenaré que carguen sus dos jabeques.

—¿Esta misma tarde dices? ¿Y por qué no, si te parece, la primavera que viene, cuando todos los puntos de comercio estén saturados y no quede un simple mercado libre al que poder sumarnos? Creo que me has comprendido mal, hombre. No he venido hasta tan lejos para hacerte una visita de cumplido, ni tampoco porque me seduzca contemplar tu cara como si fuera una idiota romántica o ciega. Lo que te exijo, Ennio Tâbbala de Anammer, entiéndelo bien de una vez porque no estoy demasiado dispuesta a repetir, lo que te exijo es que dejes de hacer trampas con esos naipes y cumplas *ahora mismo* tu parte del contrato.

Detuvieron prestos la jugada y se levantaron los tres al mismo tiempo, pero no hubo amabilidad ni galantería en éste su gesto, sino al contrario. Tâbbala al frente y sus dos

compañeros a mi derecha y a mi izquierda, me rodearon, todos tranquilos y muy sonrientes, confiados sin duda ninguna en su condición sexual y en la evidente desproporción numérica. Bastó mirarlos a los ojos para descubrir de inmediato en las pupilas anormalmente dilatadas que además de perder su tiempo y mi tiempo con partiditas de cartas habían estado masticando bintabaré, por lo que no serviría de nada tratar de razonar coherentemente con ellos. Me supe acorralada, pero no cedí un solo paso; tampoco me quedaba en realidad mayor espacio para intentarlo. Desde lo alto de uno de los embajales, metidito en su vaina y sin hacer preguntas, nos observaba el sucio pomo de una espada rhunea.

Sonriente, bien pagado de sí mismo, medio zumbón, Ennio Tâbbala me dirigió la palabra y, casi ausentemente, enviando junto con su discurso todo el veneno de un áspid, preguntó si es que mi honorable padre, nuestro bergelmir, no disponía en verdad de dos fuertes hijos varones para verse obligado a enviar una gatita malhablada e intolerante a tratar un asunto propio de hombres. En esto andaba cuando uno de sus acompañantes, un advenedizo con nariz de pato y lengua de roedor, comentó algo que nunca debiera haber dicho, y yo repliqué de la única manera posible en una dama, sea de Crisei o de cualquier otro lugar del universo: le abofeteé. Todavía este comparsa no se había recuperado de la sorpresa cuando el otro, situado a mi derecha, reaccionó al punto. Una almarada resplandeció en su mano y ligeramente pude captar, paralizada como una estúpida, que dos de sus filos estaban llenos de óxido. La aparición del cuchillo me cortó la respiración, porque las cosas ahora se habían complicado y las palabras más o menos airadas dejaban de sonar para ceder el paso a la violencia. Así se presentaba la situación: tres hombres fornidos en mi contra y yo no disponía de un condenado alfiler con el que hacerles frente (porque contrariamente a como suelen describirme, no es común en mí —ni en nadie que se

crea en su sano juicio— llevar colgando una espada del costado la vida entera; decidme de qué puede servir arrastrar todo ese peso cuando te encuentras en un barco en alta mar y cuantos te rodean son marinos conocidos, velas y agua).

Se vislumbraba evidente que, por sí mismo, el hecho de andar desarmada no iba a detener la furiosa acometida de los tres individuos. No tuve ocasión, sin embargo, para dudar o sentir miedo: cuando me di cuenta, mi pie se había disparado y la entepierna del truhán chasqueaba con semejanza de maderamen roto. Aparté de un empujón a Ennio Tâbbala, que se disponía a detenerme desplegando un abanico de brazos o de dedos, y sin solución de continuidad salté hacia el grupo de fardos del otro lado, hacia la espada cuya presencia había advertido un momento antes. Llevaba ésta la guarda cruzada sobre la funda y la empuñadura, de modo que al tirar de ella se me vino encima todo junto y más que de un arma mortífera encontré mis manos lastradas de una vara pesada e incómoda. Acostumbrada de siempre al mucho más liviano mithril de mi sable, manejar aquella ancha hoja forjada para los músculos de un hombre me resultó sumamente extraño, pero con semejante artificio hube de contentarme y cuidar la defensa; era mi integridad lo que estaba en el tablero.

El tiempo de apartarme un mechón de pelo de la cara cuando ya ellos reanudaban el ataque, ciegos de ira y bimbtabaré. Rechacé con un golpe seco al hombre de la nariz de pato, y en la siguiente embestida hice que el otro ganapán soltara de una vez la maldita daga; para conseguirlo tuve que romperle los nudillos de un mandoble. Di un prudente paso atrás y planté cara a Ennio Tâbbala, quien en su mano izquierda esgrimía una espada que yo no había visto con anterioridad. Ya no sonreía, y la determinación de su entrecejo me anunció que la algarada se me ponía verdaderamente a contra viento. Retrocedí unos cuantos pasos más y logré finalmente desatar las correillas y desnudar mi

hoja. A estas alturas, el brazo me pesaba como un trozo de madera hinchada, y pude advertir cómo la muñeca se me resentía por el peso. Afirmé la otra mano para sostener mejor la espada y conservar el equilibrio. Aunque el asesinato no es algo demasiado bien visto en Crisei, por vida mía que estaba dispuesta a cortar un par de orejas si me obligaban a ello.

Tâbbala y el sabihondo de la nariz ridícula avanzaron amenazantes hacia mí, mas con alivio comprobé que el tercero de mis oponentes había desertado de la escaramuza haciéndose pasillo entre los fardos. Lacayo hasta la exasperación, el hombre cuya imprudencia había desencadenado mi justa cólera se adelantó a los actos de su dueño. Esta vez se movió con más tiento, tartaleando, porque ahora mi espada disponía de plena capacidad para cortar. Si pretendía vestirse de héroe ante mis ojos el asunto no se le dio bien, pues al esquivar una de mis fintas de advertencia dribló de mala manera, se enredó en un haz de esparaveles y vino a arrastrar sus pobres huesos por la tierra; como consecuencia, la cabeza le rebotó tozudamente contra un noray de hierro y en la nariz de pato se le abrió una vía de sangre. Tras comprender que el hombre tenía la testa demasiado dura para que un tal golpe le provocase la muerte, y aunque era seguro que habría de soportar las secuelas del enfrentamiento durante semanas, dediqué mi atención al silencio de Ennio Tâbbala, el más peligroso del conjunto no precisamente por llegar con mejor arma.

Desconocía yo la reputación de espadachín del comerciante (era éste un punto celosamente oscuro de su persona), e ignoraba por igual que él estuviera bien informado de mis habilidades, pero enzarzarme en un duelo con un zurdo, llevando además un montante desproporcionado a mi tamaño, suponía toda una aventura. Durante el aún reciente período de mi fyld, nuestra comandante instructora había dejado bien a las claras que la mejor manera de superar un enfrentamiento en inferioridad de condiciones es-

triba —aparte de en procurar involucrarte en el menor número de jaleos posible— en volcar hacia el adversario todos aquellos inconvenientes que a primera vista aparecen en tu contra. Tâbbala era más alto, más fuerte y posiblemente (sólo posiblemente) por su profesión de corsario conocía más trucos sucios que yo, pero como cualquier otro hombre extranjero en Crisei su orgullosa masculinidad le haría sentir reparos de pelear contra una mujer, por muy diestra en el manejo de la espada que ésta fuese, y mi gran oportunidad —si la había— se hallaba precisamente aquí. Decidí llegado el momento de echar mano de mi capacidad de inventiva y acudí en busca de un buen puñado de palabras con el propósito de distraer su atención de la refriega y enervarlo.

—Rectifica o ratifica lo que vayas a hacer, hombre de Rhuné —murmuré a la par que detenía su primer golpe—, pero recuerda que tú mismo acabas de decir que mi padre tiene otros dos hijos varones mayores que yo, y estoy en condición de asegurarte que ninguno de los tres va a quedarse cruzado de brazos si me causas el más leve rasguño; créeme. Si de verdad aprecias en algo tu cabeza tatuada, presta oídos al consejo que te doy: depón tu arma y apresúrate a cumplir antes de que sea tarde el apresto de esos barcos.

—Nada temas, trenza de oro —replicó él, haciéndome caso omiso; de cualquier forma, lo noté impresionado, no sé si por la amenaza implícita de mis palabras o por mi habilidad para eludir sus fintas—. No voy a lastimarte demasiado —continuó—, pero andas pidiendo a gritos una lección de buenos modales. Tu padre agradecerá que hayas encontrado en mí a un hombre auténtico que por fin te dome.

Lanzó una estocada de tanteo que detuve fácilmente, lo cual no tuvo mucho mérito porque para esto había sido entrenada. Cruzamos el acero otras cuatro o cinco veces, con gran despliegue sonoro pero sin efectividad probada. En-